Año XXIII Tomo LXXXV N.os 257-258

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN (CHILE)

SUMARIO

	Puntos de vista
Juan Marín	*El «Haikai» japonés*
Antonio Romera	*La creación literaria*
Catalina Carrasco	*Concepción*
Pedro Selva	*Historia de las influencias literarias*
Félix Armando Núñez	*Pequeña historia dolida*
Juvencio Valle	*Canto al agua*
Benjamín Velasco Reyes	*Poesías*
Mariano Latorre	*Un poema del mar y tres estampas de la tierra*
Fernando Uriarte	*Pío Baroja, sus memorias y su obra*
Milton Rossel	*Montaña, pampa y hombres*
Luis Merino Reyes	*Muro de cal (cuento)*
Antonio Campaña	*Nicolás Guillén, Sones y Angustia*
Julio César Jobet	*Alejandro Venegas Valdés*
Diógenes	*Noticiario*

LOS LIBROS:—**C. P. S.:** *Sewell, por Baltazar Castro P.*—*Georges Bernanos en América, por Alejandro Magrasi.*—**Y. L.:** *Faluchos, de Leoncio Guerrero.*—**Alejandro Vásquez:** *Con los ojos abiertos sobre las tres Américas, por Walterio Meyer Rusca* —**Leoncio Guerrero:** *Chile, fértil, provincia, por Andrés Sabella.*—**L. D.:** *Mi vida de negro, por Richard Wright.*—**M. S. M.:** *Por la felicidad de nuestros hijos, de Irene Silva de Santolalla.*—**Guillermo Koenenkampf:** *La camará, novela, por Fernando Santiván.*—**Rosamel Pereira:** *Así lo veía mi padre, por Eliott Roosevelt.*—**Daniel Castro Préndez:** *Dalias morenas, poesías de Sylvia Moore.*

CRITICA DE ARTE — NOTAS DEL MES — LIBROS RECIBIDOS — INDICE DEL AÑO 1946 —

Precio: $ 8.00 **Novbre. - Dicmbre. de 1946**

Pedro Selva

Historia de las Influencias Literarias en Chile

INVADIENDO un poco los dominios de Claudio de Alas (q. e. p. d.), muchas veees nos hemos puesto a soñar con libros imaginarios, no precisamente para leerlos, sino para escribirlos. Verdad que el incalculable tropical, de bohemia memoria, los daba por hechos y hasta incluía sus libros en imponentes listas bibliográficas; pero ubíquense en el pasado o en el porvenir ¿qué más da?: siempre quedarán sujetos a regiones de sueño.

Uno de esos libros cuyo nombre tienta y que andan en busca de un autor es la «Historia de las Influencias Literarias en Chile».

¡Qué hermoso programa!

Alguien nos observa:

—Sería una Historia de la Literatura Chilena.

Sí, lo sería; pero vista desde fuera y desde lo alto, como al trasluz, mirada en su origen, cogida por las fuentes invisibles y traspasada de parte a parte; lo cual no podrá negarse que le habría de prestar otro aspecto.

Tal vez no resultaría tan orgullosa ni tan entera; sin duda se vería más íntegramente y mejor en el panorama.

O sea, quedaría más inteligible.

No porque le demos el influjo de unos autores sobre otros un papel preponderante ni tampoco excluyente. Críticos hay que en cuanto descubren por ahí huellas extrañas, tiran con desdeñoso ademán el volumen y rehusan seguir leyéndolo. Eso nos parece exageración, con tal criterio no se podría leer casi nada. La literatura no se inventa a cada nuevo escritor ni siquiera a cada generación, escuela, tendencia o «movimiento». Su línea se puede comparar a un oleaje que empuja el mismo viento, que mece el mismo mar, en que la ola de adelante participe de la ola de atrás, indefinidamente, con sólo diferencias de matices, a veces muy tenues, entre la cresta espumosa de la una y el lomo pardo, liso, irisado o azul de la otra. Esas «pequeñas diferencias», como la del chiste, suelen ser curiosísimas y encerrar muchos gérmenes.

Tómense, por ejemplo, las letras nacionales en su origen, cuando aquí no había aún nación, sino fragmentos de España, y véaselas recibir con Pedro de Oña todo el fulgor de la pedrería gongorista, de raro aspecto al esparcirse sobre Arauco Domado. Solar Correa, maestro de los que han clavado en nuestros problemas literarios ojos modernos, penetrantes y agudos, observaba en su espléndido estudio de las «Semblanzas Literarias», que entonces, durante la Colonia, las modas

intelectuales llegaban aquí rápidamente, casi al otro día, como si los galeones con sus velas hubieran tenido alas, de que carecen los transatlánticos. Examinar las complejas raíces del Padre Ovalle, el primer artista chileno, bien chileno, enamorado de su tierra hasta la médula, historiador, pintor, poeta, que en España dió misiones sobre las bellezas naturales de este «Reino», a su juicio, sin par. Excelente espectáculo. ¿Cómo se conjugaron en él los influjos europeos con la savia autóctona, qué modificaciones internas y recíprocas sufrieron?

Ahora la Independencia. Camilo Henríquez, el fraile de la Buena Muerte, nutrido espiritualmente de esos tres Santos Padres: Voltaire, Montesquieu y Rousseau, cómo revela el primer impulso del romanticismo cándido «lleno de sensibilidad», hecho un torrente de lágrimas» a través de las páginas de sus dramas y las tiradas de sus arengas!

¿Es nuestro primer romántico?

Desde entonces, la escuela de Saint Pierre y Chateaubriad, de Byron, Hugo y Lamartine, prolifera con fuerza inagotable, tomando en Chile, como en toda América, sonoridad selvática, ímpetu de torrente cordillerano.

No estuvo libre de ella ni el clásico Pérez Rosales, que le pagó tributo en el espíritu, en la conducta y en el carácter más que en la prosa, de cervantina rotundidad, formada por los doctos españoles expatriados en Francia. Cuanto a Blest Gana, el grande, todo el tra-

bajo de su vida fué eliminar el énfasis hueco, la invención descabellada y el amor a los personajes fatales, tipo Manríquez de «El Ideal de un Calavera», para ceñirse a la formación realista pacientemente aprendida en las novelas de Balzac.

Y aquí tenemos un caso de influjo directo y copia fiel junto a la indisputable originalidad.

No se oponen los unos y la otra. Por el contrario, Balzac ayudó a Blest Gana a conocerse y a encontrarse, a ser más Blest Gana, a sacar de sí la obra chilena que llevaba dentro.

Claro que no todos los casos presentan contorno definido ni una genealogía nítida. La filiación de nuestro novelista se halla, por decirlo así, escriturada. Otras veces, distintos linajes intelectuales se entrecruzan caprichosamente y gotas de sangre perturban al observador mientras parecidas casuales inexplicables indúcenle a pronunciar diagnósticos errados. El amor propio de los autores interviene también y revuelve las aguas. No les gusta reconocer paternidades, prefieren la generación espontánea. Existe aún el ejemplo de la influencia recóndita, íntima y tan secreta que ni el propio interesado la advierte, hasta que cualquier circunstancia, una palabra oída, una segunda lectura efectuada, le permiten descubrir ese surco lejano, casi borrado, presentándole de pronto un espejo que lo pone, no sin sorpresa, delante de su propia fisonomía. Veinte veces había estampado una afirmación creyéndola suya, propia, y he aquí que estaba, mecánicamente, repitiendo

3.—«Atenea». N.os 257-258.

una frase leída años atrás. Para purgarse de reminiscencias y eliminar fantasmas, aconsejaba Marcel Proust el ejercicio, por él maravillosamente practicado del «pastiche» o remedo: parodiar voluntariamente el pensamiento, la imagen y el estilo de un autor muy frecuentado y muy amado, a fin de no hacerlo, en adelante, involuntariamente.

Quien quisiera emprender la tarea, tentadora, difícil y deleitosa, de rastrear las corrientes de influencia que sucesiva o paralelamente han cruzado nuestro ambiente literario, no debería olvidar estas consideraciones ni otros escollos más o menos disimulados con que habrá de tropezarse.

Leímos hace días la célebre novelita de Carmen Laforet, «Nada», último descubrimiento literario de la Península, astro juvenil surgido de pronto y que deslumbró a los entendidos. Carmen Laforet es catalana, bonita, estudiante; tiene veinticuatro años y conquistó en el mundo madrileño la gloria y la fortuna mediante un solo libro, su primera novela. Desde luego nos saltó a la vista una analogía: Marta Brunet. El mismo paso resuelto, la misma frase corta, franca, plástica y concreta, igual definición de líneas y parecido tono, cortante. La cruda realidad, a todo sol, mézclanse en una y otra a imágenes poéticas, a veces fulgurantes. O simplemente evocadoras, pintorescas. Siempre muy sobrias, de uu solo trazo. «... una masa de casas dormidas; de establecimientos cerrados; de faroles como centinelas borrachos de soledad... otra mujer

flaca y joven con los cabellos revueltos, rojizos, sobre la aguda cara blanca y una languidez de sábana colgada... («Nada», págs. 12 y 15). Esto que es de Carmen Laforet, 1944, podría ser de Marta Brunet, 1924. También la intriga de la obra, simple, brutal, extraña, realísima, el ambiente de familia, con gente medio loca, sin embargo, firme en su puesto, y sobre todo, la perspectiva o la falta de perspectiva, la aproximación constante de las cosas y las personas que hace desear, por momentos, no tenerlos siempre encima, a dos metros, y que no están tampoco tan demasiado claras, que se alejen, esfumen y fundan un poco, para dejarnos respirar. Carmen Laforet no lo permite. Su relato es incansable y hay que tener siempre los ojos abiertos y la atención tensa. Como Marta Brunet, la de Montaña Adentro. ¿Efecto de la raza? Ambas son de origen catalán. Porque lectura de una a otra, es decir, de Carmen Laforet a Marta Brunet, parece difícil. Se trata de algo muy entrañable, fundamental, constitucional. Y por ello, curiosísimo, como unos gemelos idénticos que nacieran a veinte años y mil leguas de distancia.

Por lo demás, ya que de influencias literarias se trata y a propósito de Marta Brunet, permítasenos reproducir un pequeño documento privado que servirá en el futuro a ese autor imaginario del libro que no se ha escrito y que debería de escribirse.

Apareció no ha mucho «Humo en el Sur», la última obra de la autora de «Montaña Adentro» y alguien

vislumbró en ella influjos de autores recientes que habrían torcido su línea. Interrogada la escritora, repuso en una especie de rápido balance autobiográfico:

«En aquel entonces leía a Proust y Azorín, a Gorky y a Pirandello, a Lord Dunsany y a Valle Inclán. Mezclados con mis clásicos, con los que siempre he andado a la vera, muy amistosamente. Ahora leo a Camus y a Woolf, a Lawrence y Steinbeck, a Faulkner y a Mann, a Kafka y a Fernández. Lo que lee todo el mundo, posiblemente. Y siempre a mis clásicos, que cada día me gustan más, porque no responden ni a modas. ni a escuelas, ni a otra cosa que a su asentamiento en el tiempo por gracia de su talento. No creo que sea posible hurtarse completamente a la influencia de lo que se admira, en especial a lo que se admira cabalmente... Dijeron en mis albores literarios que me parecía a Azorín, ¡Lo admiré tanto! Y además, le debo tanto. Poco se imaginará él que en mis años vegetativos de provincia no me ahogó lo gris de su rutina por obra de «La Voluntad», su novela de una vocación de un escritor anulada por la grisura de un pueblo manchego. El terror de verme así anulada me daba fuerzas para luchar desesperadamente y conservarme dura sobre mí misma, fuerte sobre mi raíz. La crítica de aquí dice ahora que me asemejo a Faulkner. Tal vez. Lo admiro infinitamente. Su «Luz de Agosto» me parece una de las obras más perfectas que he leído. Sí, no creo que sea posible hurtarse a influencias extrañas. Pero el gran cambio. el fundamental, lo da el correr

de la vida, lo que nos amasa. lo que nos pone adentro su mano moldeadora, su empuje, su acontecer».

La confidencia, demasiado interesante para mantenerla oculta, es el tipo del documento que ilumina, hasta donde es posible iluminar esas regiones, la formación íntima de un gran temperamento literario, su iniciación, su desarrollo, sus cambios.

Con unas cuantas páginas así, se facilitaría singularmente el trabajo del que resolviera escribir la «Historia de las Influencias Literarias en Chile» y su conjunto aclararía la historia de las ideas y de los hechos, de los sueños, los proyectos y las realizaciones.

Algún curioso investigador debería solicitar de las eminencias sobrevivientes en nuestro mundo intelectual pequeños sumarios como el que hemos transcrito. Y archivarlos.

Con los años, junto a los grandes, su nombre figuraría entre los beneméritos de la literatura nacional.

Es, al fin y al cabo, un premio codiciable.

San Francisco de las Condes, 13 de noviembre de 1946.